Mujer y creación
Sexualidad y metáfora

Carmen Villoro

◆◆◆◆◆◆◆

Introducción

La vida cotidiana de la mujer, aquello que sucede en el espacio cerrado de su casa o en el espacio abierto de sus anhelos, ese silente entrelazado de ilusiones, responsabilidades e intereses que conforman su diaria existencia, son el telar que ella va tejiendo.

Los hijos, el trabajo, el amante, las labores rituales de la casa, los sueños que denuncian sus deseos, son los hilos con los que ella, hábil por naturaleza, va creando el diseño de su vida. No es en manera alguna un diseño prefigurado, persigue sin saberlo algunos bocetos que han aparecido y desaparecido en su mente como revelaciones más bien vagas que guían sus manos intuitivamente en la elección de los colores, los espacios, las texturas. La mujer obedece a una voz profunda, antigua y clara que le dicta, en el momento mismo, su proceder creativo.

En África del norte, en las humildes chozas de la montaña, toda ama de casa posee un telar, el madero de arriba lleva el nombre de "enjulio del cielo", el de abajo es la Tierra, dos montantes verticales terminan de configurar un marco simple. La señora posee una ventana al mundo que es ya, en sí mismo, un universo. Cuando el tejido se termina la mujer corta los hilos que lo sujetan al marco pronunciando las mismas palabras que la comadrona enuncia al cortar el cordón umbilical del recién nacido. La mujer da a luz su propio mundo, es la creadora y la alumbradora de aquello que la representa. La tejedora es a la vez artífice y materia de aquello que la nombra unívoca y central. Gesta su cuerpo que gesta: espiral infinita.

El tejido, el huso, la rueca, han sido en los mitos y leyendas símbolos del destino. Innumerables diosas adentro de sus casas, en todas las épocas, en todas las ciudades, presiden día con día el encadenamiento de sus actos, Moiras que con los rayos de la Luna atan y desatan los sucesos calendarios.

Como la araña, la mujer ha de tomar de sí la sustancia para la creación de su telar. Su mundo interno la proveerá de todo lo que necesite para abrir y cerrar indefinidamente sus diversos ciclos, el cambio continuo del que procede la variedad infinita en que vive, goza, sueña y se descubre.

Sólo ella en comunicación con ella misma puede ir generando su proyecto de vida, su personal manera de enfrentarse a los designios que sus manos le han impuesto. Y

vivirá la aventura trágica y feliz enlazando cada día hilos distintos, dibujando en la tela un paisaje único, perfecto por estar siempre inacabado.

Mujer y creación

Crear es hacer que algo comience su existencia. La creación artística, en la mujer, está íntimamente vinculada con su capacidad biológica de reproducción. La representación mental de sí misma como creadora tiene que ver más con su vientre que con su pensamiento. Crear una obra significa —para la mujer— más engendrar que inventar, más "dar a luz" que fundar, instituir, producir.

El cuerpo es el primer vehículo de contacto con la realidad. La experiencia sensorial es la base sobre la que se asienta la experiencia psicológica. Es el cuerpo el que nos dicta, en primera instancia, desde su manantial de sensaciones, el verdadero nombre, para cada uno de nosotros, de las cosas, el más singular.

Trabajar la obra es trabajar la propia vida. Un poema, un cuadro, una escultura, son en su momento una reproducción total o parcial del telar de Penélope. Metáfora de la metáfora, en cada producción se encuentra el mundo cotidiano con sus cuentas de luz y sus amantes, y el mundo paralelo, simbólico, significante, que acompaña a ese mundo cotidiano. Trabajar la vida es trabajar el cuerpo, es escribir, pintar, danzar desde cada una de las células que somos.

Creo que existe un solo arte, una sola literatura, una sola pintura capaces de conmover, de asombrar a hombres y mujeres. No creo que debe haber "literatura femenina" y "literatura masculina" o "pintura de mujeres" y "pintura de hombres", como si fueran géneros distintos. Creo que debería existir literatura buena y pintura excelente, creada por hombres y mujeres capaces de hacer vivir a nuestra alma —seamos hombres o mujeres— lo que a un autor le fue revelado en un momento de absoluta intimidad. Sin embargo, sí pienso que el arte dice la experiencia subjetiva ante el mundo, y que ésta, ciertamente, puede ser distinta. Creo que el material de trabajo del artista, el "uno mismo" sobre el que se edifica la parvada de palabras del poema o el cardumen de tonos sobre el lienzo, es distinto en hombres y mujeres y da efectivamente lugar a diferencias de forma y contenidos. La representación del mundo no es la misma, son mapas distintos de un mismo territorio y dan lugar a diferentes diccionarios. Esto no quiere decir que los hombres sean ajenos al arte que engendran las mujeres ni al revés. Descubrir una visión distinta es como explorar un cuerpo diferente al nuestro y recibirlo, como en el amor, hasta los últimos confines. Ver con otros ojos, escuchar con otros oídos, sentir con otra piel, es ampliar nuestro mapa y acercarnos más a una concepción unívoca del universo.

En la poesía erótica, por ejemplo, encontramos muestras de las diferencias artísticas de hombres y mujeres. Y es que el erotismo se vive de manera distinta. Para la mujer el sexo es un ritual de bienvenida, somos anfitrionas de un cuerpo al que dejaremos pasar hasta los últimos rincones de nuestra intimidad. La excitación sexual se genera con la fantasía de "recibir", de "llenar", de "ser continentes" del objeto del deseo. No so-

mos el niño que construye en la arena la torre del castillo, somos la niña que cava el pozo alrededor del mismo y disfruta cuando el mar lo colma. En la sexualidad la mujer puede ser activa, puede propiciar un encuentro sexual y está en todo su derecho de hacerlo; puede incluso tener una participación mayor que la del hombre durante el acto sexual. La diferencia no radica en el comportamiento, sino en lo que dicho comportamiento significa para uno o para el otro. La mujer es la playa, el hombre el mar, una se inunda, el otro rompe, la primera extiende su piel, el segundo la invade. Para ambos el acto sexual tiene la representación de "consumirse en el otro", de disolver la individualidad.

En el fondo, ambos se devoran. La playa y el mar tienen ritmos distintos. La playa espera a que el agua se filtre poco a poco entre la arena; el mar, en un espasmo, destruye una embarcación. El acto del amor puede tener para la mujer la representación de una tarde de cadencias ondulantes, para el hombre puede estar concentrada en una ola.

Los miedos a la sexualidad en el hombre y en la mujer también son diferentes. La mujer tiene miedo de abrir las puertas de su casa a un desconocido, bajar el puente levadizo, extender sus brazos de arena. Su gran temor es la desprotección. El miedo en el hombre, creo, tiene más que ver con perder la fuerza en la irrupción.

Nuestra pronunciación del deseo tiene que ser, por lo tanto, distinta. La mujer se hace fondo, se dispone a recibir la figura del hombre. Por ejemplo, en un poema de Silvia Eugenia Castillero leemos:

> Mi cuerpo no se deshoja ni ondula / se hace blanco para que lo oscuro llegue y le haga caminos como ramas / manos recién dibujadas / que sepan moverse lento / como si despacio la noche se alojara.

En la poesía erótica femenina la mujer se designa a sí misma como continente o abismo profundo. La mujer es, desde aquí, su deseo, no va en busca del objeto sexual, no asecha, espera. Angélica de Loza dice así:

> Con esta ortografía de palabras insomnes / desde la piel te escribo / en el desorden. / Te estoy hablando desde la piel desnuda / desde la piel del humo / desde la piel / te escribo.

Elsa Cross pronuncia:

> No vengas al abismo que indeciblemente me sustenta. / Márchate, joven de claro semblante. / No mires la derrota que cultivo / como las delgadas flores de invierno. / Desnuda quiero estar / en esta inagotable certidumbre

Y en otro poema la misma Elsa Cross evoca:

> Se desgaja un fruto. / Una copa invertida. / Y no bastan tus labios / para hacer volver al cuerpo / la visión que se fuga / límite entre el cuerpo que colmas / y el vacío.

Y Carilda Oliver escribe:

> ¿Cuándo vas a venir? / Tengo una prisa por jugar a nada / por decirte: / "mi vida" / y que los truenos nos humillen / y las naranjas palidezcan en tu mano. / Tengo unas ganas de mirarte al fondo / y hallar velos / y humo / que, al fin, parece en llama.

Así como Pablo Neruda escribe:

Mi cuerpo de labriego salvaje te socava.

Carilda Oliver reclama:

¿Cuándo vas a matarme a salivazos, héroe? / ¿Cuándo vas a molerme otra vez bajo la lluvia?

Esta diferencia de disposiciones ante la sexualidad se manifiesta más suavemente en el pequeño poema de Isabel Quiñonez que se llama *Me abres* y dice así:

Nadie ni el silencio / me abre / como tú, ni el tiempo.

Margarita Paz Paredes pide:

Déjame que te aspire, te derrame / en mi desolación de pozo quieto. / Impregnaré de aroma / la humedad de los muros. / Serás en mi desierto / un jazmín asombrado.

Alojar, colmar, abrir, esperar, desnuda, abismo, vacío, desorden, cultivo, son palabras clave en la poesía erótica femenina, signos que al conjugarse denuncian una especial manera de amar.

Hay ciertos símbolos que se repiten en el trabajo artístico de las mujeres. Como en los sueños, en el arte son imágenes señuelo para acceder por un túnel a sus espacios interiores.

La Luna aparece como metáfora primordial del mundo interno de la mujer. Seres regidos por el devenir cíclico, las mujeres hemos encontrado en la Luna nuestro espejo. Dueñas de una fertilidad potencial, el astro marca nuestras cosechas interiores que en lenguaje cotidiano llamamos deseo, sexualidad, procreación, alumbramiento. Porque nos sabemos fecundas y preñables acudimos a la imagen de la Luna como símbolo que nos dignifica. La Luna que controla las aguas, la lluvia, la vegetación y la fertilidad de la naturaleza. La Luna que se colma cada 28 días puede simbolizar el embarazo, también la plenitud de la vagina con el semen del hombre, o bien la integridad del alma por la consecución natural del orden cósmico.

En China, bajo la Luna llena del equinoccio de otoño, las mujeres festejan la fiesta de la Luna. En ella ofrendan frutos, toras azucaradas y una de ramas de flores de amaranto rojo. Representaciones simbólicas del cuerpo y sus funciones a las que las mujeres, en nuestra intimidad, rendimos culto.

Como espejo que es, la Luna refleja la luz que viene del Sol dándole una matriz de magia. Muy cerca de lo sensible, las mujeres nos identificamos con este astro que representa el sueño, lo imaginario, lo inconsciente y nos dejamos hechizar por su encantamiento silencioso.

La Tierra es otro de los símbolos que aparecen frecuentemente en las manifestaciones artísticas femeninas. Nuestro cuerpo muchas veces es de tierra. Tierra que resenta, desde luego, la función maternal. Incluso si no hemos sido madres, nuestra naturaleza germinal nos lleva muchas veces a sentirnos crisol de sustancias primordiales. En nuestro cuerpo adivinamos semillas, brotes vegetales, raíces que se internan en profundidades oscuras y húmedas. Si la Luna representa la esencia cíclica, la Tierra es la metáfora de nuestros contenidos interiores. Todo se forja en esa entraña tibia donde los sueños reptan y los ríos se deslizan subterráneos.

Somos surcos sembrados por el hombre, nuestros senos maduran como frutos de leche dulce, en

nuestras grutas guardamos nacimientos de agua prístina.

El agua es otra metáfora femenina. En el agua también está el comienzo. Somos con ella fuente de vida.

A diferencia de la Tierra que produce formas de vida, diferenciadas, el agua representa la masa de lo indiferenciado, el germen de los gérmenes.

Las mujeres podemos ser esos ríos de agua fresca que corren desde las montañas, la cascada que se despeña, el arroyo que acaricia las orillas, el estanque que guarda en sus temblores los reflejos de la naturaleza. Su carácter líquido, su índole fundamental reproduce las *imagos* profundas de nuestros fluidos corporales.

La casa es otra imagen que aparece con frecuencia en el arte femenino. Simboliza nuestro mundo interno: los muebles, los cuadros, las plantas, las telas que la habitan hablan fielmente de nosotras. La casa es refugio, protección, seno materno.

Por razones históricas y antropológicas, es la mujer quien se ha hecho cargo de la casa. También por motivos culturales, es la mujer quien se ha ocupado de todo lo que germina y crece en ese mundo íntimo.

Las mujeres vamos depositando en nuestra casa las cosas que nos nombran. El sótano, la sala, la cocina, nuestro cuarto donde el amor es una presencia oculta, se van llenando poco a poco de nuestras huellas muy particulares. Disfrutamos y damos vida a espacios y corredores, sentimos cómo las macetas florecen con nuestro riego taciturno. Ahí crecen los hijos, ahí amamos, ahí pasan las tardes, ahí vamos guardando los recuerdos.

El caracol es otro símbolo importante en el arte femenino. Su consistencia y humedad lo emparentan con la vulva; la espiral de su concha nos habla de movimiento en la permanencia. Para diversas culturas el caracol simboliza la concepción, la preñez, el parto o el receptáculo del esperma.

Así como la Luna, la Tierra, el agua, la casa y el caracol, existen desde luego muchos símbolos más. Imágenes repetitivas que no denotan falta de originalidad sino comunión de significados profundos que hablan de "lo femenino", no como ideología sino como presencia silenciosa de aquello que nos hace particulares.

La expresión de "lo femenino" es más evidente cuando la obra artística tiene como tema lo corporal y menos obvio, cuando el objeto de trabajo es más externo o más abstracto.

Nos fuimos del telar a la madeja, de la madeja al hilo, del hilo al microfilamento. La mujer y la creación es un tema que tiene múltiples niveles de reflexión y estudio. Bajo la claridad de la Luna Penélope teje sueños y cultiva mitos.

Los delgados rayos de la luz que entran por su ventana alcanzan a iluminar sólo una parte de su rostro y algunos pequeños fragmentos del tejido que, en la penumbra, tiemblan como si fueran peces inasibles o pájaros a punto de fugarse.

Aunque algo vislumbramos, no podemos ver más entre las sombras, no podemos ver bien, sólo podemos inventar efímeras apariciones. ♦